

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

La escena representa dos piezas separadas por un tabique y con una puerta de comunicación. En una habita la Hormiga y en otra la Cigarra. La de la Hormiga está bien amueblada y adosados a la pared se apilan sacos llenos de provisiones. La de la Cigarra está desmantelada.

Al levantarse el telón la Cigarra arrojadada en el suelo, toca guitarra y la Hormiga barre afanosa.

LA CIGARRA.—(*Se levanta de un brinco y canta*).

Que bella es la vida!
Cantemos, cantemos...
Que bella es la vida!
Dancemos, dancemos...

LA HORMIGA.—(*Mal humorada toca el tabique*). Quiere callar vecina, que ya me tiene la cabeza como un avispeño.

LA CIGARRA.—Ah! señora Hormiga! Si es que estoy tan alegre!...
¿No ha visto el Sol que hay en el cielo? Si parece una rodaja de alegría. Y escuche aquel pájaro que canta.
¡Ay! ¡Dios mío! Voy a hacerle segunda. (*Canta*). La, ra, la ra, etc.

LA HORMIGA.—(*Se pone las manos en la cabeza*). ¡Ave María! ¡Oh taravilla! Cuando tendrá Ud. juicio? Ni una criatura recién nacida. Yo voy a tener que buscar casa porque no aguantan este alboroto.

LA CIGARRA.—(*Ríe*). ¡Oh! doña Hormiga más malhumorada! ¿Y no sabe? Esta mañana se fueron las golondrinas (*palmo tea*). ¡Qué dicha! Porque cuando pueden comen cigarras y hasta hormigas.

(*Canta de nuevo y baila*).

LA HORMIGA.—(*Golpea el tabique muy enojada*). ¡Yo voy a tener que salir corriendo de aquí! Las personas serias no podemos vivir al lado de la gente sin formalidad. ¡Es imposible! Mañana mismo avisaré al dueño de la casa y vamos a ver a cuál prefiere, si a mí que soy una persona de buenas costumbres, que no hago más que trabajar desde que Dios ama-

nece hasta que Dios anochece, o a una vagabunda que no sabe más que la ra, la ra, desde buena mañana.

LA CIGARRA.—¡Oh doña Hormiguita! No se enoje... Si es que soy muy alegre!... Pero ¿no se fija que todo es una canción? La luz, el viento, la lluvia, los pájaros, el arroyo... ¡Sí, el arroyo, es más loco! Yo quisiera casarme con él...

Ese es otro que no sabe más que correr, cantar y dar broma.

LA HORMIGA.—¡Eso es! ¡Magnífica pareja! Pues a casarse prontito y se me va Ud. de aquí. El tal arroyito, los gorrones y Ud. parecen cortados con la misma tijera!

LA CIGARRA.—(*Ríe, canta y baila*). ¡Pobre doña Hormiga! ¿Pero deveras sentirá lo que dice? ¿Pero deveras no le darán ganas de cantar y bailar? ¡Cómo va a ser!

Yo le he contado al arroyo que Ud. se pasa más seria y más callada! y no me lo quiso creer. (*Le toca el tabique*).

Dígame doña Hormiguita, como hace para estar diario con la boca como con candado y tan seria como si se le hubiera muerto un pariente muy cercano. Y Ud. corre de aquí y corta una hojita, Ud. corre de allá y mordisquea un grano y después... (*Hace como que trae un peso abrumador al hombro*), tras, tras, a guardarlo en un saco en casa. (*Curioseando por una rendija la casa de su vecina*). ¡Huy! y cuantos sacos llenos de cosas tiene ya!

LA HORMIGA.—(*Se enjarra satisfecha y mira sonriente en su derredor*). No podrá Ud. decir lo mismo. (*Fisgonea a su vez a través del tabique y con risa despreciativa*) ¡Jesús! ¡Oh!... casa más bien provista tiene Ud., muchacha!

LA CIGARRA.—Sí, mi casita está llena de sacos de risas, de montones de carcajadas y de botellas repletas de canciones.

(*Toca el tabique*) ¿Me dá permiso doña Hormiga de ir a tocar con mis patitas sus tesoros? Es que me parece que es mentira.

LA HORMIGA.—(*Abre la puerta de comunicación*). Venga Ud. y toqué que no son mentira. (*Entra la Cigarra y curioseca por todo*). Aquí tiene Ud. sacos de frijoles, de maíz, de trigo, botellas de miel...

LA CIGARRA.—(*Se santigua*).

¡Qué barbaridad! ¡Tanta cosa! Con esto hay para que vivan a gusto hasta los nietos de sus tataranietos...

(*Sacude inquieta su cabeza*).

¡Pero que tonta soy! Viera el pensamiento que ha volado a mi cabeza. Mejor no se lo digo.

LA HORMIGA.—(*Con imperio*). Diga, diga.

LA CIGARRA.—Pues que de repente algún mal pajarillo se la come y queda todo eso aquí...

LA HORMIGA.—¡Dios me libre! ¡Deveras que se le ocurren a Ud. unas ideas!... Esos pensamientos no se dicen... Es falta de educación.

LA CIGARRA.—No, si Dios libre que pase eso... No, no, ¡Ay! para qué pensar cosas tristes (*Pega un brinco, baila, canta y por último coge a la Hormiga y la hace dar vueltas contra su voluntad*). Cantemos, bailemos doña Hormiga que ya se acabó el verano pero todavía hace sol y hay calor...—TELÓN.

ACTO II

El mismo decorado. En la habitación de la Hormiga hay mesa puesta y ella está sentada ante los platos. Está envuelta en un pañolón de lana y come. Tiene los pies puestos en una estufa. La Cigarra tirita en la suya y viste un traje andrajoso y va descalza.

LA CIGARRA.—¡Ay! ¡Qué invierno más ingrato! De repente me voy a quedar tiesa como el gorrión que encontré muerto esta mañana. Seguro que murió de frío y de hambre... (*Bosteza*). ¡Qué hambre! Podía no, si hace dos días estoy en ayunas. Desde antier no le veq la cara al sol. El cielo parece de ceniza. ¡Cuánta nieve ha caído! La nieve si que es silenciosa... no canta... en eso se parece a mi vecina. (*Se asoma por una rendija a*

la habitación vecina al oír el ruido de los platos). (*Bosteza*). Dichosa doña Hormiga! ¡Tan rica que es! ¡Cuánta cosa buena hay en su mesa!... Yo me conformaría con una mirrunga de hoja. (*Da vueltas en torno de la pieza y vuelve a fisgonear por la rendija*) ¡Qué caramba! voy a ir en son de saludarla y quien quita se le caiga algo para mí... y de una vez me caliente... (*Toca la puerta de comunicación*). Alabado sea Dios, doña Hormiguita!

LA HORMIGA.—(*Sin levantarse de la mesa*). Quién es? ¡Ah! es Ud. vecina Cigarra? ¿Qué se le ofrece?

LA CIGARRA.—Permitame un momento... (*La Hormiga se levanta y abre. Entra la Cigarra, tirilando*). ¡Ah! doña Hormiguita! ¡Qué frío hace! Vengo a que me dé donde calentarme. (*Dirige miradas hambrientas a la mesa*).

LA HORMIGA.—(*Mathumorada*). ¡Eso es! Donde calentarse... Y Ud. porqué no prende fuego y la deja a una comer tranquila?

LA CIGARRA.—Es que no tengo leña... ni nada que comer y tengo hambre... (*Se sienta desfallecida en la silla que ocupaba la Hormiga*).

LA HORMIGA.—No, no. Nada de venir a acomodarse aquí. Vaya a su casa a comer risas y lara laras, que de eso tiene sacos repletos. Yo no me he matado trabajando para tener luego que mantener vagabundas.

LA CIGARRA.—No sea así, doña Hormiguita...

LA HORMIGA.—Déjese de doña Hormiguita por aquí y doña Hormiguita por allá. Yo me llamo doña Hormiga. Y nada de venir a imponerme conductas, que ya soy vieja y no me dejo coger con mieles y garabatos. (*Hace un guiño y señala para la pieza vecina*). Con razón estaba todo tan tranquilo desde hace dos días. No me pasaba ni por aquí que era que mi señora andaba con la tripa vacía. Pensé que estaría en solfas y correteos con el arroyo...

LA CIGARRA.—(*Muy afligida*). Adiós, si el arroyo está helado! Parece un

muerto. Viera qué quieto y callado está!...

LA HORMIGA.—¡Ah! ¡Señor! Yo que él me ponía a brincar como acostumbra y con eso se calentaba. Y eso podía hacer Ud. Vaya a dar sus saltos y bailoteos y con eso se calienta... Y luego, saque de sus sacos repletos de risas, y coma; coja de sus montones de carcajadas, y coma; destape sus botellas llenas de canciones, y coma...

LA CIGARRA.—(*Suspira y se levanta*). ¡Qué vamos a hacer! Así me hizo Dios... (*Silencio y luego con voz animada*). Todo es ver que sale el sol que parece que me llenan de una embriaguez que me pone a cantar, y yo siento como que todo canta y que si me callo Dios se resiente conmigo.

LA HORMIGA.—(*Incrédula y despectiva*). A mí no me, porque yo no le... Todo eso que dice (*señalando sus oídos*) por aquí me entra y por aquí me sale. No faltaba más!... Ya olvidó que mientras yo sudaba la gota gorda consiguiendo provisiones y almacenándolas, ¿Ud. no hacía más que ha-

cer piruetas y echar laralaras al viento? Pues ahora a calentarse con piruetas y a llenarse la tripa de cánticos!

LA CIGARRA.—¡Ay! doña Hormiga, talvez tenga Ud. razón. Hay que trabajar para no humillarse y verse en el caso de pedir cuando se tiene hambre... (*Suspira*). Pero mire: en el verano me daba lástima verla todo el santo día para acá y para allá con sus sacos a cuestras. ¡Me parecía tan extraño que no se pusiera a cantar! Le aseguro que en lo que menos pensaba yo era en el hambre. ¡No hay remedio! Cada uno es como Dios lo hace! Ya ye, Ud. siempre pensando en el estómago: en el verano en llenarlo y en guardar con qué llenarlo más adelante y ahora en el invierno, sólo en llenarlo. Pero yo soy en manos de Nuestro Señor, una cajita de música, a la que El da cuerda con un rayo de sol... Sea piadosa doña Hormiga, que sólo Dios sabe porqué a Ud. la hizo prudente y a mí loca.—TELÓN.

CARMEN LIRA

Del hogar

(Para doña Tina de Umaña)

En todo hogar debe existir una reina cuyo Trono sea el del Orden: que su casa pequeña y sencilla, por el brillo de limpieza haga pensar en un santuario de misteriosa piedad. No pueden unas manos cuidadosas ser las directrices de un hilo de paz formado por el orden, y que va llevando el hogar a la felicidad?

Esa reina, al pasar por cada uno de los pequeños y limpios departamentos de su casa, llevará un pensamiento de cariño para todo, si el orden de las cosas es efecto de su dedicada labor. Las reinas que viven en tronos muy decorados, no son felices; los rayos dorados que fulguran a su alrededor, hieren la tranquilidad de su alma y de ella brota insensiblemente la ambición, la sed de la opulencia.

Reinas no son sólo las que habitan

en palacios de cristal con lujosas alfombras y ricos jarrones; también lo son las que en su modesto hogar imperan con la nobleza del alma y la energía de su voluntad, para que a su paso aparezca en vez de columnas de rico mármol, la majestuosidad que impone todo lo que es digno de cariño y respeto.

Muchas casas pequeñas y de una apariencia bien poca, guardan más tesoro que el que encierra la imponente arquitectura de un palacio. En ese palacio todo se rige bajo el poder del dinero, que pierde la armonía. En estas pequeñas casas todo camina al ritmo de la paz, que dirige una voluntad bien dispuesta a formar la felicidad de quienes la rodean.

Amar el calor tranquilo del hogar aun cuando él no guarde riqueza alguna, es convertirlo en palacio de verdaderos anhelos.—ANA MARÍA LOAIZA

Maestra Normal, Clase de 1921.